

—Vas a sufrir una decepción. No me dijo nada raro ni sublime. Y si tuve la impresión de que realmente me quería, fué porque no supo sino balbucear temblando, como cuando se le viene a un adolescente el corazón a la boca: ¡Cuánto la quiero!... ¡Amalia, mi amor!...

\* \*

Y en ese momento, tras una leve palpitación del cortinaje, entró don Juan.

Avanzó, urbano como siempre, reprimiendo hasta la impresión del enorme suceso, con esa seguridad que ahuyenta al miedo por no haberlo sentido nunca.

Lejos, en una distancia de borrasca y de ausencia, abismada como la eternidad, des-

garraba el huracán un remoto alarido de horda.

Y Don Juan, sentándose como treinta años antes en aquel diván que nadie después de él había ocupado, dijo con su voz habitual, impregnada de piadoso hastío;

—Así fué en verdad. No te engañó, dulce amiga, la voz de mi amor. Pues según puso en mis labios la única comedia que entre tantas necedades como han escrito de mí, haya sabido interpretarme, y que, por lo mismo también, permanece inédita:

Es que nunca en amoré  
sin estar enamorado.

LEOPOLDO LUGONES.

(La Nación, Buenos Aires).

## 2) Al margen de los "Fantaseos" de Andrés Avelino

(Véase el número anterior).

Pasemos ahora a señalar los poemas que nos han sugerido el segundo grado de elevación, digamos mejor, la segunda estancia. Creo que teniendo a mano el librito de poemas, señalaremos instintivamente la «Fantasía Negra», la...; pero antes de enunciarlos, adelantemos la «Fantasía Pálida»:

Dos pálidas manos  
brindáronme  
dos rosas muy pálidas;  
como su rostro,  
como su cabellera,  
como su alma,  
como su vida:  
pálidas.  
Las contemplé un momento.  
Tuve miedo de verlas marchitar:  
yo no era tan pálido  
para poder llevarlas!

En este poema todo es pálido: las manos, las rosas, la cabellera, el alma, la vida; pero hay algo menos pálido, que es el poeta; éste, en vez de describirnos directamente el tono del pálido personal, nos lo presenta sobre el fondo pálido de las manos, las rosas, etcétera; la negación «no era tan pálido» nos demarca el límite, la magnitud del tono subjetivo; hay, —debemos señalarlo— el hecho de la vida de que dos manos muy pálidas brindáranle dos rosas...

Esto que convinimos en llamar «matiz del alma», y que nos lo revelan tantos hechos de nuestra vida, o hechos que se suceden en torno nuestro, sin que quizá lo hayamos advertido, lo encuentra nuestro poeta, como tono negro en lo más hondo de su alma, en la casi ingenuidad de su sinceridad, con el recuerdo del tintero oscuro, de oscura tinta, que le acompañó en su infancia; veamos cómo: la tinta de aquel tintero manchó muchas

cuartillas en la nerviosidad de los primeros, pueriles vuelos de la fantasía, en los tiempos de cristalinos ensueños; ese recuerdo nebuloso de aquellos tiempos gloriosos del alma; un día encontramos aquel tintero, y vienen a la imaginación todos los recuerdos de la vida; y, al intentar sacar de él lo que antaño, obtener, en vez de los ensueños, el cadáver, el cadáver de una negra mosca. Asimismo, el poeta encuentra en hechos de la vida, en un hecho concreto, el matiz histérico, el matiz blanco. Detengámonos en esta «Fantasía Blanca»; el poeta desea, como Darío, ser cartujo, «tan sólo por un día»; veamos algunas coloraciones del blanco:

Y en esas pocas horas de estar glorificado por cada monja pálida sentirme venerado; y en la noche callada, a la luz de los cirios, oír sus penas hondas y acallar sus martirios, y hacer de su pasado, en verso, un relicario, colgarlo de mi pecho cual mágico rosario, y orar, orar por ellas...

Y más adelante:

Yo prefiero el amor de unos ojos azules,  
entre sedas de sueño, de gasas y de tules;  
un amor evangélico, triste, místico y mudo,  
a la impura vendimia de las caricias, rudo,  
amor que sólo tenga, por caricia, esperanza,  
y la tierna promesa del ensueño que alcanza  
la mente a soñar;  
un amor que no sepa de esos otros amores,  
un amor que no tenga ni sonrisas ni flores,  
nada más que un altar...

Amor espiritual, puro y sublimizado  
con las vagas miradas de un rostro  
[enclaustrado.]

Hemos señalado las partes en que especialmente el poeta nos da más la impresión de su blancura. El matiz rojo, igualmente: rojo por la sangre,

rojo quizá por la pasión de un idilio, rojo por el enigma que encierra... Deseáramos detenernos en esta «Fantasía Neurótica», sencillamente admirable, y que quisiéramos, sin poderlo hacer por la índole de estas citas transcribir íntegra:

Cuando llegué a la cita  
la luna visitaba el jardín de la marquesa,  
y era tanto el esplendor de ésta  
y era tanto el esplendor de aquélla,  
que dudé por un momento  
si la luna era la marquesa,  
si la marquesa era la luna.

No olvidemos, al leerlos, el nombre del poema, que nos da su clave, neurótosis:

risas de plata  
tejieron los rayos de la luna sobre la fuente  
que murmuraba una rítmica canción celeste,  
y otra vez dudé por un momento  
si la luna era la marquesa,  
si la marquesa era la luna.

Lágrimas de luz  
vertió la luna sobre las enredaderas,  
lágrimas de perlas  
vertió la marquesa sobre las rosas muertas,  
y entonces se acentuó más mi duda  
si la luna era la marquesa,  
si la marquesa era la luna.

El que se llame neurótica no nos da un matiz, pictóricamente hablando; mas nos da el estado de ánimo del poeta, fuera de los siete colores. Asimismo encontramos otro poemita: «Carey»; no se refiere especialmente al color del carey; Carey es el nombre del borriquito que nació el mismo día que el poeta, que compartió sus alimentos, que luego quedó huérfano...

Todavía,  
Carey permanece en el patio de mi casa,  
pero yo,  
¿dónde estoy?

El hecho de la vida personal—la presencia del borrico—evoca al poeta no solamente el origen de determinada conformación mental suya, ni sólo el motivo de su sensibilidad para las ideas correlativas, como en los versos anteriores, sino también la conciencia de su evolución, lo cual, también, es un matiz que caracteriza a las almas. Véase otro aspecto de esta conciencia de la evolución personal en el poemita que se llama «Levantar», hondamente significativo y tan sencillo como una parábola:

Mi sueño lucha con la blandura de mi  
[camastro,  
de ropa sucia y de papeles viejos;  
me esperan para ordeñar la chiva;  
con la salutación de un vaso de leche  
me voy a dar la clase de todas las mañanas;  
ya el chicuelo me aguarda con su Mantilla  
[Nº 2.  
Y al punto la empiezo (con el café negro  
y el pan tostado de la viejecita);  
y, casi al terminar,